

En vez de maldecirte

Roberto González Echevarría y el ensayo de la discordia

Para Po, que hoy duda
entre *El Quijote* y *El Buscón*.

Emilio Ichikawa

I

Ella cantaba boleros y él era un conde polaco. Frecuentaba la insurgencia hegeliana de Berlín en los años 40 del siglo XIX y había impresionado mucho al joven Marx con un libro que seguramente le gustaría haber escrito: *Filosofía de la praxis*. El iluminado de Tréveris, sin embargo, se tiraba a fondo con artículos sobre las injusticias en el valle del Mosela y garabateaba poemas de amor que, por desgracia, dejaron ciertas huellas en unas sospechosas *Canciones de arrebató*.

El Conde von Ciezkovsky anhelaba una filosofía con salida práctica y ese anhelo, frustrado siempre, nos ha hecho comprender definitivamente que una cosa es con guitarra y la otra con violín. Un postulado teórico puede coexistir con una práctica, pero no necesariamente la inspira; es más, la praxis individual puede desarrollarse no sólo al margen, indiferentemente, sino en contra del soporte espiritual del individuo que la ejecuta. Aun cuando quede claro cuál es la acción que cabe esperar de la teoría que se postula, el alemán no tiene que someterse a lo prescrito.

Lo decía hace unos años el pensador José Luis Villacañas, de la Universidad de Murcia, en un ensayo titulado *Vita Nuova*: «si alguna posibilidad le resta aún al saber discursivo es aceptar que, en lo fundamental, la práctica histórica ha transcurrido al margen de él»; es decir, que ambas, teoría y práctica, han tenido en el tiempo de Occidente una relación muy equitativa: indiferencia mutua. El chance nace aquí de la irrealidad.

II

El primer acto público a que asistí a mi llegada a Miami en el año 2000 fue a la presentación de un libro en el Centro Cultural Español, dirigido entonces por un buen amigo, con quien había conspirado en Valencia y después en La Habana, en unas raras jornadas literarias durante el año 1998. Después de tanto tiempo, el miércoles 7 de julio de este año, en el mismo lugar y con la misma gente, asistí a la presentación del número 33 de la revista *Encuentro*, la única que ha sido indiferente a mi condición jurídica nacional: le ha dado lo mismo que viva en Bauta, La Habana, New York, Homestead o Miami: me ha seguido publicando con la misma amistad de siempre.

Entre tanta persona interesante, destacó aquella noche la presencia de Roberto González Echevarría, profesor de la Universidad de Yale, a quien el citado número dedica un homenaje. Honor que, por suerte, muchos consideraron prematuro; no por la cuantía o calidad de la obra del profesor, que es suficiente, sino por su juventud y prestancia civil. No estaría mal, dentro de unas cinco o seis décadas, organizarle otra celebración. En vida, por supuesto. Mientras que en La Habana no le otorguen el Premio Nacional de Literatura, de mal agüero, estaremos tranquilos con su salud.

El homenaje escrito está constituido por un grupo de panegíricos acerca del trabajo realizado, una familiar entrevista donde el contertulio fue su amigo, el también profesor y escritor Gustavo Pérez Firmat, de la Universidad de Columbia, y un ensayo de la autoría del mismo González Echevarría titulado «Oye mi son: el canon cubano». Esta es, sin duda alguna, la pieza más polémica y sobresaliente del número (entrevista a Castro incluida), ante la que algunos han reaccionado «con justo encono», «sin ilusiones», hechos un mar de «lágrimas negras», y otros, agradecidos, colmados de sueños por las bendiciones.

La historia de «Oye mi son...» es simple. Inquietos ante la evidente realidad del lema: «Te enseñan, luego existes» (para un escritor ser parte del programa de clases de una universidad norteamericana puede ser más importante que publicar; incluso que escribir), algunos curiosos amigos de González Echevarría (*Magister & Yale dixit*) le preguntaron, por fin, acerca de la legitimidad de tanta presencia cubana en el canon latinoamericano que el también profesor de Yale Harold Bloom inserta como parte de su libro *El canon Occidental*, y, lo que es más crucial, quiénes estarían en la cola para incorporarse a una ampliación futura de lo canónico literario.

III

Gracias a ese pedido contamos hoy con un ensayo acerca de la literatura cubana en relación con ella misma y con los flujos civilizatorios y culturales de un gran valor heurístico; que García Márquez sea «la más fuerte influencia en la novelística china de la actualidad» (*Encuentro*, n.º 33, p. 10) subvierte bastante nuestra perspectiva. El profesor anula y propone, decapita y glorifica (a veces con marcado énfasis, como en los casos de Sarduy y Barnet), sube y baja el ego de varios prestigios regionales, pero, finalmente, uno queda satisfecho y

casi orgulloso de pretender ese capítulo de la creación que identificamos como Arte y Literatura Latinoamericana. Con todas las amplitudes e intersecciones que este término posee hoy.

La charla de aquella noche y el texto programático de González Echevarría contienen paradojas y consecuencias insólitas. Insistió, fue casi la mitad de su intervención, en que el trabajo de enseñanza y crítica literaria debía caracterizarse por la sencillez y la humildad. A mí, sin embargo, no me dejó la impresión de una persona muy modesta que digamos, pero acepto que no tengo amistad con el profesor ni he sido su alumno, por lo que pudiera estar errado. Es por eso que comencé estas notas haciendo un rodeo sobre la relación discurso-praxis, aceptando con naturalidad que es muy frecuente en la historia intelectual el divorcio entre lo que se dice y lo que se hace. Sin demeritar ninguna de las acciones.

Sin embargo, es necesario entender que esta profesión de modestia, muy cercana a la que hacía en Atenas el sabio de Sinope, no es en González Echevarría un accidente respecto a su obra; es la consecuencia retórica necesaria de una postura en el nivel teórico, incluso metodológico. Es un elemento de consecuencia sistémica, aunque aquí también pueden detectarse espirales lógicas de sorprendente «insolitez».

IV

Roberto González Echevarría se ubica, con saber de causa, al otro lado de aquellos que aseguran que la literatura, el arte en general, es capaz de soportar un escrutinio científico: lingüístico, económico, estadístico, sociológico. Aquí, entre los sociologismos, se ubicarían las escuelas marxistas, cuyo contextualismo utiliza González Echevarría ocasionalmente, de modo pragmático, como cuando somete *Tres tristes tigres* a una suerte de veredicto clasista en la tesitura del más ortodoxo marxismo. Después de captar la esencia de esta novela como una «mueca lingüística», afirma: «El discurso de Cabrera Infante emerge de un profundo resentimiento de clase que se manifiesta en un anti-intelectualismo virulento —es el querer *épater* denigrando la literatura en favor del cine, y deformando los nombres de escritores y filósofos hasta el cansancio —» (*Encuentro*, n° 33, p. 15).

El profesor confía en el «gusto» literario, un juicio formado en base al *disfrute empírico y sostenido* de la obra de arte, donde participan elementos tan importantes como la sensibilidad del receptor, la casualidad, la amistad y demás ciclos biográficos de quien, en este caso, lee.

Y aquí se producen algunas cabriolas («vueltas de carnera», en cubano) que ponen en vilo la previsión de la consecuencia. Resulta que la posición científicista, que debería proponer una lectura e interpretación con resultado monovalente (una pretensión lógica de «verdad demostrada», como es tradicional en la ciencia), cae en el relativismo: las muchas lecturas y la muchas interpretaciones, que son el resultado obligado de la existencia de «muchas» literaturas. Aparece aquí una ciencia deformada y promiscua respecto a su

ideal autónomo moderno, pues ya no trata de ser *verdadera* o exacta sino *justa*. El Derecho, por su parte, degenerará en sentido contrario anhelando ser «científico», como el sexo, la cocina y las vacaciones.

Este resultado le viene al cientificismo relativista literario por la predeterminación política y, en lo epistémico, por tratar de suponer que, en tanto sociedad, la verdad es el *historicismo* y lo correcto el *multiculturalismo*.

Esta posición teórica lleva a una específica concepción de la literatura y, en consecuencia, a una práctica específica de la enseñanza de la misma. En el amplio mundo de la universidad norteamericana, esta posición «científico-relativista» se puede encontrar pujando en el Departamento de Lengua y Literatura Hispánica de la State University of New York at Stony Brook, inspirada por la agudeza y no poca astucia del profesor Román de la Campa. En ese *locus* académico no sólo es literatura el canónico Cervantes (es el profesor Víctor Roncero, un clasicista impecable, editor de *El Buscón* de Quevedo, quien sostiene la embajada canónica en Stony Brook), sino también la «Barriología», los «Madonna's Studies», Piñeiro, Richard Rodríguez, Rigoberta Menchú y un indeterminado etcétera.

González Echevarría ha estudiado a los «cientificistas» pero escoge otro rumbo. Se afina en la impresión, el sentimiento intelectual, *el amor al arte* (en sentido estricto y rigurosísimo) y, sin embargo, no arriba (como parecería lógico) al relativismo que desde Hume otorga el sentimiento, sino al «canonismo», al «absolutismo».

Y otra voltereta más, casi de mareo: el ser un «sujeto privilegiado del canon» lo lleva a la proclamación retórica de la modestia, derivando así una *ética de la lectura* formalmente tolerante si consideramos *el método de establecimiento del canon* (la libre interpretación, el juego intelectual) pero no *el resultado*, que es la formulación de un recetario en términos ya no de lecturas correctas e incorrectas, sino de lecturas malas y buenas. En el ejercicio de esta facultad, González Echevarría no es sólo, como él mismo acepta, «el portero», sino más bien el «pitcher». Según cuenta, reseñó cierta vez para el *Times* una novela de la escritora dominicana Julia Álvarez que calificó como «mala»; uso categorial que nos habla una vez más de una *ética* de la literatura más que de una ciencia de la obra de arte.

Es decir, hay una consecuencia moral que deriva directamente del proceso de leer y que funciona más allá del libro. Como vemos en el propio homenaje que la revista *Encuentro* organiza al profesor, ese desbordamiento moral alcanza cuando menos una ética de la amistad, a una *filia* de profesión. La simpatía moral que transpiran los textos encargados y escritos a propósito de Roberto González Echevarría, incluyendo el que es de su autoría, nos habla más de una *familia letrada* que de la ya humildemente utópica *ciudad* que nos legara Ángel Rama.

Ahora bien, después de todo esto viene el giro hacia el suelo. Es cuando la autoridad canónica se introduce por la puerta del fondo, a través de un pudoroso ejercicio de inspiración hegeliana. Refiero el restablecimiento del autoritarismo canónico citando las propias palabras de Roberto González Echevarría al final del ensayo «Oye mi son: el canon cubano»: «Mis juicios son míos,

pero me inclino a pensar que son los de muchos otros, que obedecen a categorías que trascienden mis gustos, a imperativos que son tan categóricos como puede ser lo humano...» (*Encuentro*, p. 18).

Es decir, cuando el espíritu hegeliano adopta su fase estética, específicamente literaria, muy específicamente la fase de literatura latinoamericana y cubana, ese espíritu invade platónicamente el corpus accidental de Roberto González Echevarría; entonces el autor se convierte en *canal* y, astutamente, lo absoluto empieza a hablar con apariencia singular a través de él desde un hermoso campus de New Haven. O desde sus cielos, a la manera de un crítico Saint Exupery. Lo subjetivo deja de serlo y deviene universal, canónico.

V

«Oye mi son: el canon cubano» no deja de sorprender en cada párrafo. Contiene andanadas de puntos de llegada que uno agradece; en este dar se encuentra, ciertamente, la verdadera humildad. Uno lee y se lanza. Sigue las huellas, acepta, considera y siempre carga baterías en pos del mensaje iniciático.

Sucesivamente, siente deseos de estudiar a Longino, defender a Reinaldo Arenas, de discrepar con la sublimación crítica de sendos libros de Miguel Barnet. Y todo está ahí. Por momentos deseamos preguntar por ausentes, interceder, pero... es su son, el son de González Echevarría tocado en convincentes claves desde el mismo puente de la orquesta, junto a los violoncellos, como dice el maestro Averhoff.

Decía que, aunque se sospecha, sobre todo se acata; aun cuando el criterio académico roce la anunciación profética: «Yo pienso que la hora de Sarduy llegará y se convertirá en uno de esos escritores que fundan, después de muertos, un culto» (*ibíd.*, p. 16).

Roberto González Echevarría, hasta donde he visto, comparte con otros profesores universitarios una suerte de fascinación, de lealtad por la obra y la persona de Severo Sarduy. Simpatía que, curiosamente, se dio de forma temprana entre funcionarios cubanos encargados de «recuperar» la obra de algunos creadores cubanos en el exilio. Sarduy no carece de antologías preparadas «dentro» y «fuera», sobre él se han escrito tesis, publicado libros, organizado tertulias.

La calidad de la obra del escritor cubano es, con seguridad, el motivo fundamental de esta simpatía, pero hay algunos ingredientes adicionales que la aliñan. Severo Sarduy tuvo una personalidad interesante y multifacética, la mayoría de esas «faces» pueden ser incorporadas sin esfuerzo a las líneas de trabajo recientemente abiertas en las universidades, lo que le hace, en rigor, un escritor sumamente «actual». Por demás, vivió exiliado en Francia, en París, vinculado a esa farándula intelectual que de algún modo se vinculó a las revueltas de los años 60. Política e intelectualmente hablando, Sarduy es muy cómodo para los estereotipos (no digo que sean los del profesor) políticos (y apolíticos) de ciertos ambientes universitarios.

Lo que sí deja la lectura de este ensayo de Roberto González Echevarría, así como la discusión que ya empieza a generar, es el reforzamiento de la sensación

de que con Cuba sucede algo *raro*. Hay como una densidad, un nerviosismo asociado a esta manera de sobrevivir en cubano que conforma unas criaturas náufragas que llevan la genialidad acoplada a su desespero. «Oye mi son: el canon cubano» es un texto radical, radiante de fuerza, portador de una verdad desesperante y enfática. También aniquiladora. No concibo a Arcadio Díaz Quiñones (Princeton University), a Pedro Lastra (State University of New York) o a Julio Ortega (Brown University), hablando de las literaturas puertorriqueña, chilena o peruana con esta suerte de grito culto con que Roberto González Echevarría amonesta y ensalza aquí a la cubana. Ni a los escritores de sus países reaccionando con alegría, estupor o rabia, tan cerca de la luz o la locura, como todos nosotros.



Dreaming-Left-wing-New York,
8 capas de transparencias en caja de luz, 1995.